

2 Honra singularmente á S. Miguel como á protector particular de toda la Iglesia, y como á jefe de la milicia celestial, que ha de recibir tu alma al salir del cuerpo, y presentarla al tribunal de Dios para ser juzgada. Hazle alguna oracion particular, pidiéndole sobre todo su proteccion para aquel momento decisivo de nuestra eterna suerte.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN JERÓNIMO, presbítero y doctor de la Iglesia, en Belen de Judá; el cual consumado en todas las ciencias, é imitador de los mas perfectos monges, con la espada de su doctrina mató muchos monstruos de hereja, y siendo ya de muy avanzada edad, murió en paz, y fué sepultado junto al pesebre del Señor: su cuerpo fué despues trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de Sta. Maria la Mayor. (*Véase su historia hoy.*)

SAN LEOPARDO, mártir, en el mismo dia; quien no obstante de ser favorito de Juliano el apóstata, fué degollado en Roma por la fe de Jesucristo, y su cuerpo fué trasladado á Ach ó Aquisgran (de donde es patron.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES VICTOR Y URSO, de la gloriosa legion de los Tebeos, en Souleure en Francia; los cuales en tiempo del emperador Maximiano fueron primeramente atormentados de varias maneras; pero habiéndose librado por una luz celestial que resplandeciendo sobre ellos derribó contra el suelo á los verdugos, fueron metidos en una hoguera, y habiendo tambien salido sin lesion, al cabo los degollaron. (*Véase la historia de S. Mauricio y compañeros en las del dia 22 de este mes.*)

SAN ANTONINO, mártir, soldado de la misma legion, en Plasencia (cuya ciudad posee su cuerpo. *Véase tambien la historia de S. Mauricio.*)

SAN GREGORIO, obispo de la Armenia mayor, en el mismo dia; el cual habiendo padecido mucho en tiempo del emperador Diocleciano, por último murió en paz. (Puede decirse de este Santo llamado el *Illuminador*, que fué el apóstol de la Armenia, habiendo propagado en este país las semillas de la fe que sembraron los apóstoles S. Bartolomé y Tomás: y consiguió bautizar al mismo Tiridates rey de aquel país, despues de haberle perseguido tenazmente. Leoncio obispo de Cesarea le consagró, y desde entonces su zelo no se limitó ya á la Armenia solamente, pues llevó la luz de la fe hasta el monte Cáucaso. Este Santo murió antes de que el gran Constantino fuese señor del Oriente.)

SAN HONORIO, obispo y confesor, en Cantorberi en Inglaterra.

EL TRÁNSITO DE SAN FRANCISCO DE BORJA, de la Compañía de Jesus, en Roma, cuya fiesta se celebra el dia 10 de octubre. (*Véase su vida en dicho dia.*)

SANTA SOFIA, viuda, madre de las tres santas virgenes llamadas FE, ESPERANZA Y CARIDAD, allí mismo. (Esta Santa, muy celebrada en la Iglesia de Oriente, exhortó á sus hijas á confesar valerosamente á Jesucristo, y las vió con alegría derramar su sangre en el martirio. Despues continuó viviendo en el estado de viudez practicando obras de misericordia, hasta que murió en el Señor por los años de 130.)

SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA.



S. GERONIMO,
DOCTOR Y FUNDADOR.

SAN Jerónimo, ornamento del sacerdocio, tan célebre por su eminente virtud, por su rara sabiduría, por su profunda erudicion; oráculo del mundo cristiano, una de las mayores y mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fué de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia. Nació el año de 332, y su padre, por nombre Eusebio, zeloso cristiano y hombre de conveniencias, puso el mayor cuidado en dar á su hijo una cristiana educacion. Habiendo observado en aquel niño cierto fondo de capacidad y cierta brillantez de ingenio, poco regular en otros de aquella edad, resolvió no perdonar á diligencia alguna para cultivarle. Despues que le hizo tomar una ligera tinctura de las lenguas en su país, le envió á Roma bajo la disciplina de Donato, célebre gramático, con cuyo magisterio hizo el niño Jerónimo asombrosos progresos en las letras humanas. Pasó despues á otros maestros, en cuya escuela aprendió las bellas letras y las ciencias profanas en grado muy superior al que se podia esperar de un estudiante. Por la particular inclinacion que profesaba á la retórica, y por su delicado gusto en ella, se hizo uno de los mas elocuentes oradores de su tiempo; y por su rara facilidad en las lenguas se hizo admirar y ser tenido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Asi el violento amor con que le arrebatában los libros, como los piadosos afectos de religion que desde su niñez le habían inspirado, fueron el freno de sus fogosas pasiones, que desde la misma infancia eran muy vivas.

Recibió Jerónimo el bautismo siendo ya de madura edad, y desde aquel dichoso dia entabló una vida verdaderamente cristiana. Deseoso de conservar su inocencia, se desvió de todo aquello en que podia correr peligro, pareciéndole desde luego que los mejores preservativos contra el contagio eran la abstinencia, la mortificacion y la oracion. Ocupaba todo el tiempo en el estudio y en ejercicios espirituales. No contento con leer y con observar, se dedicaba tambien á copiar libros, de que formó una librería para su uso. Todos los dias iba con algunos compañeros suyos de los mas virtuosos á visitar las catacumbas de Roma ó las

cuevas donde estaban sepultados los santos mártires al rededor de la ciudad.

Para perfeccionarse en las ciencias y en la virtud emprendió el trabajo de viajar. Tomó el camino de las Gaulas, donde conoció y trató á muchos hombres sabios. Detúvose particularmente en Tréveris, acompañado siempre de Bonoso, que se habia criado con él y nunca se separó de su lado. Cuando volvió de las Gaulas se dirigió á Aquileya, donde hizo mansion algun tiempo disfrutando el trato del obispo Valeriano, uno de los mas santos y mas sabios prelados de aquel siglo, cuyo mayor gusto era hospedar y detener en su casa, lo mas que le fuese posible, á cuantos hombres sabios y virtuosos podia conocer. En la misma ciudad estrechó amistad con el presbítero Cromacio, que despues fué sucesor de Valeriano, con Jovino, Eusebio, Nicetas, Crisógono, Heliodoro y Rufino, que andando el tiempo fué su mayor contrario.

Como habia renunciado ya por amor de Jesucristo todo lo que oia á carne y sangre, no pensó mas en su país; antes tomó el partido de retirarse al Oriente, el campo mas fecundo de hombres grandes que habia en el mundo á la sazón. Abandonadas, pues, todas las cosas, emprendió su viaje con el presbítero Evagrius, Inocencio y Heliodoro, con un criado para todos cuatro que conducia la carga de sus libros. Corrió la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia y la Cilicia, deteniéndose algunos dias en Tarso, donde nació S. Pablo, para aprender los idiotismos de la lengua materna del Apóstol. De allí pasó á Antioquia de Siria, donde trabó comunicacion con el famoso Apolinario, cuya herejía aun no se habia descubierto. Pero creciendo cada dia en nuestro Santo el amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia de Calcida con su amado Heliodoro, Hilas é Inocencio. El consuelo que S. Jerónimo esperiméntó en aquel dulce retiro se turbó presto con la muerte de sus dos compañeros Heliodoro é Hilas, y con haberse vuelto á Italia Inocencio. Tambien acrisoló el Señor su virtud con otras pruebas. Afligióle con varias enfermedades; pero lo que mas le acongojaba eran las violentas tentaciones de impureza con que le atormentaba la carne cuando le daban treguas sus dolores, representándole continuamente con la mayor viveza en la imaginacion los objetos que habia visto en Roma, y escitándosele un involuntario pero vehemente deseo de las comodidades de la vida que habia abandonado por medio de un generoso sacrificio.

Viendo que no eran bastantes á librarle de estas molestas tentaciones ni sus ayunos ni otras penitencias corporales, emprendió

un nuevo estudio mucho mas penoso que los otros. Dedicóse al de la lengua hebrea, tomando por maestro á un judío convertido. Un hombre que solo hallaba gusto en la lectura de las obras de Ciceron y de los mejores autores latinos, claro está que se le habia de hacer muy duro volver á estudiar alfabetos, ejercitándose en broncas aspiraciones, escabrosas, ásperas y difíciles. Mas de una vez lo quiso dejar todo acobardado con el trabajo, y no contribuyó poco la violencia que se hizo á una enfermedad que padeció tan grave, que le redujo al último estremo de la vida. Tuvo un sueño por aquel tiempo en que le pareció que habiendo sido presentado ante el tribunal del soberano Juez, fué reprendido y castigado porque era mas ciceroniano que cristiano. Entendió por este sueño ser la voluntad de Dios que se hiciese perito en la comprension de las lenguas orientales, como absolutamente necesarias para la inteligencia de la sagrada Escritura, teniéndole destinado la divina Providencia para dejarnos una version de toda ella, que es la que hoy usa la Iglesia.

Cuatro años permaneció Jerónimo en aquel desierto macerando continuamente su carne con ayunos y con rigurosas penitencias. Pero ninguna cosa ejercitó tanto su paciencia en aquella soledad como la persecucion de los monges cismáticos, que viéndole inviolablemente adherido á la iglesia de Roma, se valieron de todos los medios que pudieron para inquietarle. No pararon hasta que le pusieron en precision de dejar su amado desierto. Fuése á Jerusalem; y vivió algun tiempo en la campaña del contorno, andando de una en otra soledad. Pero donde particularmente se detuvo fué en Belen, cuyo sitio tuvo tanto atractivo para él, que se determinó á fijar allí su mansion. No obstante, se vió precisado á volver á Antioquia, donde el obispo Paulino, que tenia bien conocido el raro mérito de Jerónimo y su eminente virtud, le pudo reducir á que se dejase ordenar de sacerdote, aunque con la condicion de que no se le habia de aligar á iglesia alguna particular; que no habia de mudar el género de vida monástica que habia abrazado; y que se le habia de permitir, dejándolo á su arbitrio, vivir ó no vivir en soledad. Bajo estas tres condiciones prestó su consentimiento. Con el sacerdocio se renovó su fervor, y la nueva dignidad dió mayor esplendor á su virtud. No era fácil imaginar sacerdote mas sabio, mas santo, mas mortificado ni mas humilde. Era de cuarenta y cinco años cuando se ordenó de sacerdote. El amor á la soledad le volvió á llevar á Belen, donde estuvo tres años aplicado únicamente á la contemplacion y al estudio de la sagrada Escritura. Movido de la gran reputacion de S. Gregorio de Nacianzo, que gobernaba á la sazón la iglesia

de Constantinopla, hizo un viaje á aquella capital del Oriente. Mantúvose algun tiempo junto á aquel santo doctor, á quien siempre trató y veneró como á maestro suyo. Tiénese por cierto que durante su residencia en aquella corte imperial compuso el pequeño tratado sobre la *Vision de los serafines* de que habla Isaias, y tradujo en latin la crónica de Eusebio. Despues que S. Gregorio se retiró de Constantinopla renunciando aquel obispado en obsequio de la paz, Jerónimo se restituyó á la Palestina; pero ofreciéndose á Paulino, obispo de Antioquia, y á S. Epifanio hacer un viaje á Roma, quisieron absolutamente que nuestro Santo les acompañase. Luego que llegó á aquella cabeza del mundo, el papa S. Dámaso, que conocia su mérito, le detuvo cerca de sí para que le ayudase á responder á las consultas de las iglesias. En todas ellas se hicieron luego notorios sus talentos. Ya era muy conocido en aquella capital del universo por la penetracion y por la delicadeza de su ingenio, por su profunda erudicion, por su rara sabiduria en materias de religion, por su habilidad en la inteligencia de las sagradas Escrituras y de todas las lenguas; pero quando se observó mas de cerca la santidad de sus costumbres, su modestia, su humildad, aquel género de vida tan austera, su recogimiento interior y aquella tierna devocion que á pesar de su cuidado mostraba en el altar por las copiosas lágrimas que continuamente derramaba en el santo sacrificio, todos á competencia se empeñaban en hacer con él las mayores demostraciones de estimacion, de veneracion y de respeto. Cada uno solicitaba llevarle á su casa, y como quizá nunca reinó mas que entonces la virtud entre las señoras romanas, eran pocas las que no tenian en él una entera confianza. Pero bien persuadido el Santo de lo delicada que es la direccion de las mujeres, y no ignorando el desvelo que debe aplicar un director á evitar todas las ilusiones, todos los lazos y todos los peligros, se impuso una severa ley de no mirar jamás al rostro á mujer alguna, de no visitarlas, y de escusar con ellas toda frecuente conversacion, aunque fuese de cosas espirituales y santas. Oíalas con estraña modestia y compostura; respondíalas en pocas palabras, y nunca en asuntos que no fuesen de conciencia y pertenecientes á la salvacion. Pero ni su escrupuloso pudor, ni el continuo miedo de que no se volviese á encender en su pecho el fuego de la tentacion, le pudieron dispensar de encargarse de la direccion de las señoras mas virtuosas por orden del papa Dámaso. Entre las que se gobernaban por S. Jerónimo, y se aprovechaban mas de su doctrina y consejos, las que mas principalmente se distinguian eran Sta. Marcela viuda, Sta. Asella virgen, Albina, madre de santa

Marcela, Sta. Leta viuda, las Stas. Fabiolas, Marcelina, Felicitas y algunas otras, cuyas virtudes y méritos canonizó la santa Iglesia. No obstante, las mas célebres hijas espirituales suyas fueron Sta. Paula, y sus dos hijas Eustoquio y Blesilla, señora de raro mérito y virtud estraordinaria, en cuya muerte escribió san Jerónimo una bella epistola á Sta. Paula su madre y á Sta. Eustoquio su hermana para consolarlas en aquella pérdida.

Mientras tanto, aprovechándose el papa Dámaso de la mansion que hacia en Roma S. Jerónimo, le hizo continuar en sus obras sobre la sagrada Escritura. Fueron recibidas del público con tanto aplauso, que en todo el mundo se hablaba de S. Jerónimo con admiracion. Pero en medio de este general aplauso se comenzó á descubrir poco á poco cierta especie de emulacion, que tuvo principio en su celestial sabiduria, y la misma santidad de su vida la encendió mas. La pureza de sus costumbres pareció á muchos eclesiásticos ser una muda censura del desorden de las suyas; y muerto el papa Dámaso se desenfrenaron en maledicencias y en calumnias contra nuestro Santo. Tratábase de hipocresia su compostura, su austeridad y su virtud; se hacia burla de su direccion dándosela cierta interpretacion maligna, y se ponía en disputa hasta la santidad de su doctrina y la pureza de su fe. Erase muy fácil á S. Jerónimo, armado de su estilo y mucho mas de su inocencia, confundir á sus enemigos y disipar la calumnia; pero como solo suspiraba por su amado retiro, tomó el partido de ceder el campo á la envidia, y saliendo de Roma el año de 385, se fué á embarcar en el puerto con su hermano menor Pauliniano para volverse á la Palestina. Aportó á la isla de Chipre, donde fué recibido con mucho gozo por S. Epifanio en Salamina; despues en Antioquia de Siria, donde vió á Paulino; de allí se encaminó á Jerusalem para pasar despues á Egipto. Quando llegó á Alejandria se hizo discípulo del famoso ciego Dídimo, que ya era venerado por uno de los mas célebres doctores de la Iglesia. Por huir las contestaciones y disputas de los origenistas se restituyó á su dulce retiro de Belen, donde ya habian llegado Sta. Paula y su hija Sta. Eustoquio. Sta. Paula edificó dos grandes monasterios, uno para hombres, donde se retiró S. Jerónimo, y otro para mujeres dividido en tres comunidades.

Encargóse nuestro Santo de la direccion espiritual de las dos casas, y despachó á su hermano Pauliniano para que vendiese lo que hubiese quedado de la herencia de sus padres. Empleó el precio en aumentar el número de celdas en su monasterio para poder hospedar mayor número de peregrinos, especialmente re-

ligiosos que venian de todas partes del mundo á visitar la Tierra Santa. Pero estos ejercicios de virtud y de caridad de ningun modo le distraian del estudio á que particularmente le habia llamado Dios. Despues de haber enriquecido ya á la Iglesia con muchas obras sobre el viejo y nuevo Testamento, como tambien sobre diferentes asuntos morales, emprendió esplicar la epístola de S. Pablo á Filemon, á los gálatas y á los efesinos. Al mismo tiempo que trabajaba dia y noche en instruir y en edificar á los fieles con sus obras doctrinales, no se descuidaba en refutar los errores de los herejes. Escribió dos libros de la *Virginidad* contra Joviniano. Acusáronle sus émulos de que por defender la verdad habia dado en el extremo contrario; y publicó una *apología* de su obra, que sirvió al mismo tiempo de defensa y de esplicacion. Poco tiempo despues que salió á luz esta apología, publicó su catálogo de los *Escritores eclesiásticos*.

Habiendo venido en peregrinacion á Jerusalem el año de 393, Alipio, obispo de Tagaste, quiso ver á S. Jerónimo, cuya reputacion se habia extendido por toda la Africa. Creció su estimacion y su concepto con la presencia y con el trato de aquel grande hombre. Lo que Alipio le refirió del mérito y talentos de S. Agustin, bastó para profesarle aquella inclinacion y aquel concepto superior, que fué el fundamento de la estrecha amistad que unió despues á los dos Santos en tanta utilidad de toda la Iglesia.

Hacia entonces grandes progresos el origenismo en todo el Oriente; pero encontró en Jerónimo un formidable defensor de la verdad. Por mas que Rufino y Juan, obispo de Jerusalem, quisieron disfrazar sus errores con apariencias de zelo y de virtud, S. Jerónimo los quitó la máscara, y descubrió en ellos los desvarios de Orígenes. Quiso vengarse el obispo: persiguióle á banderas desplegadas; amenazóle con la excomunion; prohibióle la entrada en el santo sepulcro, y le hubiera hecho desterrar á no haberlo estorbado la autoridad de Sta. Paula, á quien nuestro Santo se quejó amorosamente de que con su intercesion le habia quitado la gloria de padecer destierro en defensa de la verdad.

Verdaderamente causa admiracion que un hombre sepultado en la soledad, consumido de enfermedades, estenuado al rigor de los ayunos, de las vigiliass y de las penitencias pudiese bastar para dar espediente á tantas y tan penosas ocupaciones en que su zelo por la Iglesia y su gran reputacion le empeñaba cada dia. Sus comentarios sobre la sagrada Escritura; sus versiones de

los libros sagrados que adoptó despues la Iglesia; sus tratados dogmáticos contra los herejes, singularmente contra origenistas y pelagianos; sus solas epístolas, que cada una vale un libro entero, en que se contiene el dogma mas puro y la moral mas sana de la religion cristiana, eran mas que suficientes para absorber todo el tiempo de la mas dilatada vida. Cobrando cada dia mas vuelo su reputacion, era consultado de todas las provincias del universo; corrian todos á él como á oráculo de la cristiandad, y era generalmente buscado como uno de los mas sabios y mas santos doctores de la Iglesia. Las personas de mas alto nacimiento le enviaban sus hijos, y los que venian en peregrinacion á la Tierra Santa contaban en el número de sus principales devociones la visita de S. Jerónimo en Belen. Entre todas sus ocupaciones la principal era el estudio de la sagrada Escritura. Ninguno conoció mejor que S. Agustin el mérito de este trabajo y el importante servicio que hacia con él á la Iglesia. Escribióle su parecer, y le exhortó á que continuase una obra de tanta importancia. Tradujo, pues, del hebreo en latin todos los libros del viejo Testamento; y los libros de Judith y de Tobías los tradujo del caldeo. A ruegos del papa S. Dámaso habia corregido el Salterio latino de la antigua version itálica, sobre la edicion de los Setenta hecha por S. Luciano. Tambien corrigió el nuevo Testamento sobre la version griega, y en fin, publicó corregida de su mano la misma version griega de los Setenta. No son menos admirables que sus versiones sus comentarios sobre la sagrada Escritura; de manera, que con mucha razon dice la Iglesia en el oficio del dia, *que le escogió Dios para esplicar la Escritura sagrada*.

No habiendo aprobado S. Agustin el estilo, un poco mas acre de lo justo, que usó nuestro Santo en su impugnacion contra los errores del origenista Rufino, le escribió ingenuamente su sentir. La respuesta fué tambien un poco viva; pero la profunda humildad de los dos Santos terminó presto aquella leve oposicion de dictámenes, y el efecto de aquella discordia pasajera fué renovarse entre los dos mas estrechamente la amistad, que nunca padeció despues la mas minima alteracion en toda la vida.

Pelagio y su discípulo Celestio salieron de Roma, y se retiraron, el primero á la Africa, y el segundo á Palestina, donde uno y otro comenzaron á sembrar sus errores. El primero que tuvo la honra de escribir contra esta herejia en su epístola á Cresifon fué S. Jerónimo, y el año de 415 compuso un gran tratado en forma de diálogo, en que refutó los errores de Pelagio.

tanto este heresiarca los mortales golpes que descargaba S. Jerónimo contra su herejía en aquella obra, que aunque no se le nombraba en ella, determinó quitarse la máscara y no guardar ya mas medidas con el Santo. Vengóse de él como hereje. Favorecido secretamente del obispo Juan, que siempre conservó en su corazon la levadura del antiguo odio que habia profesado á S. Jerónimo, comunicó Pelagio su furor á una tropa de forajidos, los cuales se arrojaron en Belen sobre los dos monasterios que estaban á la direccion de nuestro Santo. Cometieron en ellos cuantos escesos se pueden imaginar, saquearon las dos casas, y degollaron muchas personas de uno y otro sexo. Fué comprendido un diácono en aquella mortandad, y desolándolo todo á fuego y sangre, escapó Jerónimo de aquel peligro por milagro. Sobrevivió poco tiempo el obispo Juan á unos escesos en que habia tenido alguna parte; pero Praylo, su sucesor, se portó muy de otra manera con nuestro Santo, cuya virtud y mérito tenia bien conocidos; mas gozó poco tiempo Jerónimo de esta quietud. Habia dias que experimentaba visiblemente la decadencia de sus fuerzas consumido de enfermedades y de penitencias cuyo rigor no remitió hasta la muerte. Vióla venir con aquella tranquilidad y con aquella alegría, cuyo gusto solo se reserva á la virtud en aquella última hora. Habiendo recibido con extraordinario fervor todos los sacramentos, lleno de dias y de merecimientos entregó su alma al Criador el dia 30 de setiembre del año 420, casi á los noventa de su edad, habiendo pasado cerca de cuarenta en su solitario retiro.

Sintió toda la Iglesia la pérdida de aquel grande hombre que la habia enriquecido con tantas y tan sabias obras, y la habia edificado con tantos y tan grandes ejemplos. El cuerpo de S. Jerónimo, que á su muerte apenas era mas que un esqueleto, fué sepultado en la gruta de su monasterio de Belen, y despues trasladado á la iglesia de Santa María la Mayor de Roma junto al pesebre del Salvador, donde se erigió un altar en honor del Santo; pero su cabeza se adora en la magnífica iglesia de Cluni. Reconócele la Iglesia por uno de sus cuatro doctores principales, S. Gregorio papa, S. Ambrosio, S. Agustin y S. Jerónimo, cuyo culto se ha extendido en España mas que en otras partes con motivo de la religiosa orden que hasta el dia de hoy se honra con su nombre, y dedicada principalmente en la soledad y en el retiro al celestial ejercicio de las divinas alabanzas, hace tanto honor á la religion y á la Iglesia, promoviendo con tanta devocion como magnificencia el culto divino en desempeño de su angelical instituto.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente:

O Dios, que para la esposicion de las sagradas Escrituras que mediante tu divina gracia, colocaste en tu Iglesia al máximo doctor S. Jerónimo tu confesor; suplicámoste nos concedas por sus merecimientos, practiquemos lo que él nos enseñó tanto con sus palabras como con sus ejemplos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que se convertirán á las fábulas. ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oír la verdad, y Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. ¿Adónde se fueron aquellos dichosos siglos, aquellos dias claros y serenos en que el espíritu dócil, el corazon recto y puro solo amaban la verdad, solo buscaban la verdad, á nada tomaban gusto sino á la doctrina sana y neta del Evangelio? ¿adónde se fué aquella cristiana sencillez, de que hacian vanidad los mas elevados ingenios, que enemiga de toda preocupacion hacia reinar la fe aun en medio del ciego paganismo? Desaparecieron ya aquellos dias tranquilos y despejados. Siempre se comunica al entendimiento el corrompido temple del corazon, y levanta aquellas espesas nieblas que oscurecen la fe, y cierran el paso aun á las luces mismas del corazon. Todo lo

turban las pasiones; y en viéndose éstas con libertad, hacen esclavo al corazón y al entendimiento. Apágase la fe en corrompiéndose las costumbres. No hay objeto mas digno de lástima que un corazón y un entendimiento entregados á sí mismos. Luego que domina el orgullo se debilita la piedad. Ya no se consulta mas que á las luces propias de cada uno; y como éstas son tan amortecidas y tan limitadas, está pronto el descamino. No se quiere reconocer otra guía en las verdades de la religion que á su propio entendimiento. Solo se cree aquello que se comprende. Preténdese que la fe no debe tener otro garante que la razon natural; y á fuerza de quererlo probar todo, y que todo sea plausible, de todo se duda. Hasta los entendimientos mas limitados, hasta los genios mas vulgares y mas rateros presumen de jueces soberanos para pronunciar definitivamente sobre las verdades mismas de la religion. Las mismas mujeres se imaginan con legítimo derecho para meterse en esta crítica. La herejía fué la que introdujo en el mundo este espíritu particular. Muy de temer es, que á fuerza de discurrir como filósofos, se deje de creer como cristianos. No hubo jamás siglo tan fecundo en críticos como el nuestro. ¿Qué han producido esas escrupulosas indagaciones y esos imaginarios descubrimientos? No mas que propagar entre los fieles una especie de pirronismo, para que desconfiando de la piadosa credulidad de nuestros mayores, se hagan insensiblemente incrédulos en todos los hechos. ¡Buen Dios! ¿adonde se fué aquella religiosa docilidad tan esencial á todos los cristianos? Los mayores genios del universo, aquellos espíritus sublimes é iluminados, aquellos hombres llenos del espíritu de Dios, cuya sabiduría igualaba á su virtud, y cuya virtud se veía autorizada con milagros, se preciaban de deferir á la tradicion de sus padres. No hay hoy mas luces que entonces; pero hay mas osadía, mas orgullo, y menos humildad. ¿Cuál es el fruto de todas nuestras sutilezas?

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no pue-

de ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hom-

bres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley,

sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Todo se hace fácil al que ama á Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es verdad de fe, que el yugo del Señor es suave: *Jugum meum suave est*; y su carga ligera, *et onus meum leve*. Aunque la esperiencia por confesion de todos los santos no nos demostrara esta práctica verdad, bastaria la palabra de Jesucristo para persuadirnos que se engañan nuestros sentidos, y que nuestra razon padece error cuando nos dice que el servicio de Dios es penoso; que siendo tan estrecho el camino que conduce á la vida, por precision ha de congojar; y que el único alimento de la virtud es la amargura de los trabajos. Penitencia, mortificacion, adversidades, menosprecios y humillaciones, esta es, en opinion de los hombres, la legítima de los santos; y esto es lo que espanta y lo que desvia del servicio de Dios á tantas almas cobardes. Sin embargo, aunque sea tan universal esta opinion, aunque sea tan plausible, aunque esté tan autorizada en el mundo, ella es absolutamente falsa. El Salvador, la verdad eterna, el oráculo infalible, asegura positivamente que no hay verdadero consuelo ni verdadero gusto en la tierra sino en el servicio de Dios. No hay verdad mas cierta. ¿Pero no nacen las cruces en todos los caminos de la perfeccion? ¿no es inseparable la mortificacion de la verdadera virtud? ¿se puede entrar en el cielo sin hacerse violencia? Ciertamente no. Pero el amor de Dios es el cimiento, la basa, y como el alma de la virtud cristiana; y cuando se ama á Dios, dice S. Agustín; nada se hace pesado, nada amargo, nada dificultoso: *Ubi amatur, non laboratur; et, si laboratur, labor amatur*. Cuando se ama á Dios todo se hace dulce, todo fácil; y si se encuentra algun trabajo, el mismo trabajo se ama tanto, que se echaria menos, y se sentiria mucho si no se padeciese. Cuanto mas se